
XXXVI

Paz y su novio convinieron, al separarse, en que ella no escribiría hasta recibir carta de él, y que luego ambos menudearían las sucesivas cuanto les fuera posible; pero desde el instante en que ella se juzgó traicionada, hizo firme propósito de no escribirle una sola vez. Su primera impresión fué una pena tan grande y convicción tan honda de haber sido juguete de un capricho, que consideró inútil todo esfuerzo y baldía toda tentativa para recobrar el bien perdido: después, á las lágrimas de la decepción sucedieron las quejas de la vanidad mortificada; se agriaron los celos y pretendió olvidarle. No hubo sensación triste que no experimentara: lo único que no sintió fué arrepentimiento de haberle concedido

su cariño, porque la gratitud á las delicias gozadas pudo más que el rencor á la ofensa recibida. En cuanto á reconquistar la posesión de Pepe, lo supuso imposible: llegó á creer que aquella disparidad de fortuna, tantas veces temida, era la causa verdadera del mal. La desdichá le parecía irremediable; lo sólo que debía procurar era prescindir de su amor, sofocándole como á sentimiento réprobo, cuya vida ha de ser todo maldición y pena.

Según fueron llegando á sus manos las primeras cartas de Pepe, las rasgó con ira, sin leerlas; pero en vez de tirarlos, guardó los pedazos en el cajón de un mueblecillo. Pasaron muchos días, recibió otras é hizo lo propio, sin contestar á ninguna; mas la violencia que esta entereza le costaba iba poco a poco aumentando. En vano se había condenado voluntariamente á no saber de él; rompía las cartas, pero no lograba acollar los antojos de su fantasía. Aquellos trozos de papel, ilegibles y estrujados con rabia, tenían una fuerza incontrastable: decían que Pepe vivía y se acordaba de ella. Tal era el estado de su ánimo cuando cesó de tener cartas. Dudó primero de la discreción del aya, que era la encargada de recibirlas, y luego pensó que Pepe enmudecía,

cansado de no tener respuestas; mas pronto supo con temor que el silencio de su amante no obedecía á ninguna de estas causas.

En los periódicos y partes oficiales dejó de citarse el batallón á que pertenecía Pepe por que se ignoraba el paradero de aquél y de otros cuerpos, sabiéndose únicamente que estaba verificando una marcha penosa y arriesgada, que terminaría en un combate, cuyo objeto sólo conocía el general en jefe. Cinco días duró aquella incertidumbre. Entonces apreció Paz lo que quería á Pepe. Mientras supo que vivía, tuvo firmeza y amor propio: cuando las circunstancias la hicieron comprender que estaba en peligro, su pasión despertó, sin sentimiento rencoroso que la desvirtuase ni nube que la empañara.

Cada día que pasaba, cada periódico que llegaba á sus manos sin decirle nada de aquella marcha que fué célebre en la historia de la guerra civil, la sumían en mayor abatimiento. No dejó de pensar en él, ni la asistieron fuerzas para engañarse mintiendo que tenía sobre sí imperio para olvidarle. Su imaginación le buscada unas veces con la rabia de los celos, otras con la amargura del despecho, ya saboreando la memoria recuerdos de

promesas dulcísimas, ya pagando á la esperanza muerta el inapreciable tributo de sus lágrimas. Los primeros diálogos que con él sostuvo, aquella incertidumbre deliciosa de aguardar á que hablase, estando segura de lo que había de decir, la sincera vehemencia con que pintaba su cariño, y el tono suplicante con que la pedía constancia, persistían en ocupar su pensamiento y llenar su alma, como aves que se resistieran á volar lejos de la fronda en que nacieron.

La impaciencia de Paz se trocó en terror cuando, al terminar la semana y sin que ella recibiera carta, se supo en Madrid que la marcha de campaña se había verificado y que las tropas, al dar batalla, habían sufrido numerosas bajas. Se enteró de lo ocurrido por un periódico de la tarde, á hora que era ocioso intentar nada; pero aquella noche, entre la angustia del insomnio y el dolor de la desesperación, decidió averiguar lo que pudiese, sin que la detuviera miramiento alguno ni resto de vanidad ofendida. ¿Qué medio emplearía? Cualquiera: el más rápido sería el mejor. Se le ocurrió ir á ver al padre de Pepe, y fué, llevada por su amorosa inquietud, lo mismo que hubiera sido capaz de ir al sitio mejor guar-

dado ó al lugar donde más arriesgara su decoro.

A la mañana siguiente, no tan temprano como quisiera su impaciencia, se apeó de la berlina cerca de la calle de los Estudios y, en compañía del aya, que ya estaba domesticada y dócil, se dirigió hacia la calle de la Pasión. No necesitó que nadie la indicara el camino, ni tuvo que esforzarse por hacer memoria de dónde estaba la casa que iba buscando. Bajaron por la izquierda de la Ribera de Curtidores; al llegar frente al sitio en que tiempo atrás vió salir á Pepe de casa de Engracia, sintió el rostro abrazado por una llamarada de vergüenza; pero ni acertó el paso, ni pensó retroceder.

—Aquí es, y ¡no hay portería! — dijo al torcer la esquina de la calle de la Pasión, entrando en seguida en el portal empedrado con cantos, y cuyas paderes estaban llenas de monigotes pintados con carbón por los chicos.

—¿Qué ha de haber, señorita? en el patio nos darán razón.

Adelantóse el aya, siguióla Paz y penetraron ambas en el patio, que era de los que tienen corredores con puertas numeradas.

En uno de los ángulos había un pozo

junto al cual, sin miedo al sol que la hostigaba con su seco ardor, estaba una muchacha jabonando ropa blanca en una artesa, remanados los brazos y con la falda de percal sujeta entre las piernas. Era alta y airosa; su pecho juvenil y fuerte temblaba á cada movimiento; el traje era humilde, pero el peinado primoroso, y entre los hundosos rizos del moño tenía prendidos al desgaire cuatro ó seis clavelillos de los que adornan los puestos de las verbenas. A su lado, y gateando sobre un trozo de estera, había un niño que se entretenía en manotear contra las prendas ya retorcidas que ella dejaba caer en un barreño. Paz la había visto una sola vez de lejos y teniendo los ojos nublados por las lágrimas; pero la conoció en seguida: era Engracia. El aya lo examinaba todo con miradas despreciativas. Paz estuvo á punto de volver pies á atrás más dominando de pronto la repulsión que sentía hacia *la otra*, preguntó, apartando del chiquitín las miradas:

—¿Hace vd. el favor de decirme cuál es el cuarto del Sr. Resmilla?

—En mi casa, *prencipal* núm. 2, . . . pero no se le *pué* ver.

Lo siento; deseaba hablarle... y tal no vez me sea fácil volver.

—Pues ese señor está malo, *mu* malo, y pasa las noches rabiando, y hasta que es de día no descansa. Ya vé vd., ¡me bajo yo el *arrapi zo pá* que no alborote!... Si *quiusté* algún *ecao*....

N abía contado con aquello. Hablar al padre el hombre que la engañó, no era humillación: conversar con Engracia, le parecía insufrible martirio. El ansia por saber de Pepe pudo al fin más que el amor propio, y pensó que la escena no podía prolongarse arriba de unos minutos.

—Ese caballero tiene un hijo que está en el Norte, ¿verdad?... ¿Sabe vd. si se han recibido noticias suyas!

—Sí señora, esta mañana precisamente: como que *aluego* de recibir la carta se quedó Don José más tranquilo que está esa criatura. El señorito Pepe está sano y salvo en un pueblo que lo llaman... Astirraga, Gorri... Garri... vamos, no me acuerdo; uno de esos pueblos de nombre *enrevesao* que dicen que los bautizó el diablo estando borracho.

—De modo—añadió Paz, sin poder disi-

mular la emoción—que es seguro, ¿está bueno?

—¿No le digo á usted que ha escrito él mismo?

—Mil gracias, joven... ya volveré.

Dejó Engracia caer sobre la artesa la tabla, por cuyas ranuras diagonales resbalaban las irisadas burbujas del jabón, y secándose las manos con el delantal, dijo á Paz, que ya se dirigía hacia el pasillo del portal:

—Oiga vd., señorita: usted *desimule*, *aunque sea mal preguntao*, ¿es vd. la señorita Paz; la novia del señorito Pepe?

—Sí—contestó secamente, evitando mirarla cara á cara.

Entonces Engracia, dando á sus palabras franca expresión de simpatía, exclamó, con asombro de Paz:

—¡Vaya, vaya!... ¡sea por muchos años! ¡ahora comprendo yo que esté el señor Pepe tan *chalaol*!... ¡Y que no tenía yo pocas ganas de conocerla á vd.! También la digo á usted que se *pué* vd. presentar donde las *haiga* guapas.

Paz, sin acertar á comprender cómo aquella mujer la hablaba de tal modo, repuso, echando andar y con creciente aspereza.

--Quede vd. con Dios.

La otra, muy ofendida, se plantó en la salida del patio, cortándola el paso, al par que la decía, con desparpajo y retintín:

--¡Oiga vd., señorita! ¿Qué es lo que se ha *figurao* vd.? Yo no soy *denguna* fregona, ¿está vd.? Soy la Engracia. ¿Conque se *arranca* vd. á venir á preguntar por el novio, y *aluego* *tié* vd. á menos hablar conmigo?

Paz no se atrevía á responder, temerosa de un escándalo en tal sitio y por semejante ocasión: Engracia, sin permitirle avanzar continuó:

--¡Habrás vd. creído que era la *criá*? Pues no señora.... Don José y su novio de vd. me tratan de igual á igual, y su novio de vd. y mi Millán se llaman de tú.... Conque, menos humos. *Entavía*, ¡bestia de mí! estaba yo adulándola á *usté* el oído. ¡Vaya vd. mucho con Dios, doña *Insulas*!

Las palabras de Engracia llenaron á Paz de confusión, y además adivinó que no estaba la razón de su parte. Aquella mujer la suponía en amores con Pepe, y lejos de mostrarla enojo, la recibía bien; hasta elogiaba su hermosura....; hablaba de otro hombre y decía orgullosamente *mi Millán*. ¿Qué era aquello?

--No se esté vd. aquí, *señorita*, que se le van á manchar las *naguas*....

Paz careció de sangre fría para marchar se sin salir de dudas: su calma no podía confundirse con la indiferencia.

--Pero vd. ¿no es Engracia.... la....?

--¡Atrévase vd....! ¡la querida de Millán. ¿Era eso lo que quería vd. decir? Pues á mucha honra, que me está sirviendo de padre á mi chico.

--¡Luego ese niño?....

--No es de Millán, sino mío y de mi difunto, que por allá nos aguarde muchos años. *Anda*, si no fuera por Millán, ya habíamos *reventao* yo y el chico, como la Real Trinidad!

--¿De mo lo que usted con quien tiene amores es con ese Millán?

--¡Pues qué se *la* había *figurao* á usted?

La actitud de Engracia no pudo ser más expresiva: Paz, segura de que el exacerbar su ira atraería sobre ella una explosión de injurias, acaso justas, comprendió que el único medio de cortar aquella escena y salir al mismo tiempo de dudas era hablar clara y lealmente. Apartóse del aya, condujo á Engracia unos cuantos pasos hacia el fondo del patio, y allí, con el llanto asomado á los ojos y la voz

alterada por la turbación, la refirió en pocas palabras la causa de su enojo. Cinco minutos de diálogo bastaron para variar de expresión el rostro de la desenfadada chula, que al oír el nombre de Tirso exclamó:

— ¡Ave María Purísima! ¿Es decir que usted ha *veníó* aquí creyendo que yo estaba *liá* con el señorito Pepe?

Paz, con las mejillas arreboladas por la vergüenza, respondió tímidamente:

— ¡Sí! ¡No sabe usted lo que he sufrido!

— ¡Ya lo creo! . . . Pues hija, que se le quite á usted eso de la cabeza.

— ¿Me dispensa usted, verdad? ¿Me deja usted que bese al niño?

— ¡No echés tierra en la ropa, *condenao!* Ven aquí, que te va á dar un *chichi* esta señora! ¡Ay hija! —añadió, encarándose con Paz— desengáñese usted, cuando una quiere á un hombre, no hay señorío que valga, *toas semos iguales*.

[*El aya aparte.*] — ¡Válgame Dios, lo que son las señoritas del día!

Paz salió de allí con el alma henchida de gozo. En su corazón había renacido la dicha pujante y vigorosa, como agua de manantial comprimido que redobló su violencia al cesar

la fuerza que lo sofocá. Tuvo impulsos de quitarse de las orejas los ricos pendientes que lucía y regalárselos á Engracia, pero le parecieron pobrísima ofrenda para pagar tanta felicidad.

Aquella misma tarde escribió á Pepe una carta muy larga en que, pidiéndole perdón, le enviaba mil besos y le hacía mil promesas.

